

AGENDA CIUDADANA

LOS GENERALES Y SUS LABERINTOS.

Lorenzo Meyer

El Problema.- Cuando la violencia se convierte en instrumento para resolver incluso conflictos sociales menores, es que hace tiempo que falló la política en su mejor sentido. Cuando el presidente se ve obligado a justificar que se haya echado mano de los granaderos y sus garrotes para poner fin a la huelga de hambre de un puñado de barrenderos despedidos hace dos años por negarse a prestar servicio personal a los funcionarios de Tabasco, entonces se puede concluir que la falta de oficio de las autoridades, su prepotencia y su falta de sentido de la decencia, han hecho que la política baje de nivel.

Al final de la avenida que acepta a la política como ejercicio frecuente de la fuerza no están simplemente los granaderos --en México la policía es incompetente-- sino el ejército. A nadie, en primer lugar a los generales, debería atraerle la idea de que el país volviera a transitar por ahí, pues las experiencias propias y ajenas nos dice que el camino es duro y su final catastrófico.

La Visibilidad y Sus Razones.- Como bien lo señala Roderic Ai Camp, al ejército mexicano actual no gusta de ser observado y estudiado (Generals in the Palacio, Oxford University Press, 1992, p. 5). Pero esa inclinación por el bajo perfil y el secreto se aviene mal con la gran visibilidad política que los militares están volviendo a adquirir. El ejército como tal, pero sobre todo sus generales, están en posiciones y situaciones cada vez más conspicuas y controvertidas. Esas situaciones van desde la

diplomacia del general secretario de Defensa con su contraparte en Washington hasta el interés de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos por el caso del general brigadier José Francisco Gallardo, preso desde 1993; van desde los numerosos generales y jefes que hoy controlan los aparatos antinarcóticos del gobierno federal hasta los que se han hecho cargo de las policías en las capitales del país y los estados; van desde los especialistas en lucha contrainsurgente como el general Arturo Acosta Chaparro y los generales que tienen a su cargo las unidades en las zonas y regiones militares en Chiapas y el resto del intranquilo sur mexicano --como Mario Renán Castillo, comandante de la VII región militar-- hasta la reciente afiliación de tres generales, ocho almirantes, vicealmirantes, contralmirantes, capitanes y tenientes de fragata --todos retirados-- al PRD. En fin, que el ejército dejó o se vio forzado a dejar, la relativa sombra en la que había vivido medio siglo.

Las razones de la mayor presencia pública de los militares, es, a la vez, obvia y preocupante. En efecto, el aumento en la actividad de las fuerzas armadas en las luchas antiguerrillera y contra el narcotráfico, en la dirección de las policías federal y locales así como en los servicios de inteligencia, es función de la creciente ineficacia y los errores de la élite civil gobernante en los campos de la negociación política, del crecimiento, de la distribución de la riqueza, del desarrollo social, del combate al narcotráfico y del mantenimiento de la justicia y del orden público.

La Historia.- Para aquilatar el significado de los cambios que están ocurriendo en la posición de los generales --los responsables de los instrumentos más poderosos de violencia del Estado-- dentro del complejo y muy descompuesto rompecabezas que constituye el sistema político mexicano, hay que tener en cuenta tanto las crecientes disfuncionalidades del actual sistema político --las viejas instituciones, empezando por la presidencia y su partido, ya han sido rebasadas en muchos campos-- como la historia misma de la relación del ejército con el gobierno y la sociedad. Es esa historia la que en buena medida explica lo discreto --casi secreto-- del papel político del ejército en los últimos decenios, como también la razón de los temores que se despiertan en ciertos sectores civiles al ver como las fuerzas armadas aumentan sus efectivos, recursos y responsabilidades directas en el mantenimiento de un orden que, finalmente, sigue basado en una presidencia sin contrapesos y un partido de Estado.

De Ser Casi Nada a Ser Casi Todo.- En el origen de la actual nación mexicana --cuando se conquista e incorpora Mesoamérica al imperio español-- la política fue básicamente asunto de los hombres de guerra. Pero una vez conquistadas y sometidas las sociedades indígenas, esos capitanes españoles transformados en encomenderos y hombres ricos --Hernán Cortés es el prototipo-- se convirtieron en elementos semi independientes y peligrosos para los intereses de la Corona Española, que decidió enfrentarlos y someterlos --la rebelión y derrota de Martín Cortés es el punto culminante de este proceso-- hasta hacer de la Iglesia y de la burocracia real, el centro del sistema de control

político. Para sofocar las rebeliones indígenas que de tanto en tanto estallaron en el reino, se echó mano no de militares profesionales sino de los propios miembros de la sociedad española y criolla. Sí finalmente en el siglo XVIII fue necesario crear un ejército profesional colonial con tropas traídas de España más las reclutadas en la propia colonia, la razón fue externa: el miedo a los ingleses.

Como sabemos, la amenaza del desembarco británico finalmente no se materializó en México sino en Buenos Aires, pero el flamante ejército novohispano no se quedó inactivo, pues en 1810 debió de enfrentar un desafío inesperado: una gran rebelión social y política encabezada por un cura y por una fracción del propio ejército al mando de oficiales criollos. La tarea que el virrey y el grueso de la sociedad española y criolla encomendaron a la corporación militar fue clara: suprimir la rebelión a como diera lugar. El ejército cumplió las órdenes con exceso, pues la crueldad desplegada en la supresión de la insurgencia llegó al grado de genocidio. A partir de entonces, las capas sociales y el ejército se distanciaron y mucho.

El Ejército como Factótum.- Resultado natural de la lucha contra los insurgentes fue la militarización de la política y la centralidad del ejército. Cuando en 1820 España se convirtió al liberalismo por obra de la rebelión del general Rafael de Riego y Núñez, en Nueva España algunos de los altos jefes militares encabezados por Agustín de Iturbide no tuvieron empacho en retirarle su lealtad a España con tal de no ser tocados por el liberalismo. Así, cuando surgió la nueva nación, el ejército

estaba en el centro de la política, desafortunadamente era un ejército acostumbrado a la arbitrariedad ante la población civil, --la leva, el despojo-- sometido a nadie y de lealtad cambiante.

El desastroso siglo XIX mexicano fue también el siglo del ejército. El poco poder político que entonces hubo, surgió directamente del cañón del fusil. Fue un poder muy fragmentado porque fragmentado estuvo el ejército, cuya baja calidad profesional le llevó a una derrota total frente a Estados Unidos, y cuyo proyecto para México fue tan variable como la posición del general más importante: Antonio López de Santa Anna.

En la segunda mitad de ese siglo, la terrible guerra civil entre liberales y conservadores dividió en dos al ejército y volvió a sumir en una pesadilla a la población civil. Cuando finalmente el triunfo del ala liberal y la superación de sus luchas internas de esa facción hicieron retornar la estabilidad al país, de nuevo era otro general el dueño de México: Porfirio Díaz. Sin embargo, el gobierno de Díaz no fue el de los militares sino todo lo contrario: el de la subordinación final del ejército al proyecto de una oligarquía civil. Díaz llegó al poder por la vía de las armas, pero justo por eso él decidió disminuir el papel político del ejército y aumentar su profesionalización.

La Revolución.- La Revolución Mexicana volvió a darle prioridad a las armas como instrumentos de la política. Al lado del ejército profesional surgió otro revolucionario de ciudadanos. Pronto los militares profesionales, mediante un espectacular golpe de Estado en 1913, se hicieron cargo directamente del poder y se propusieron acabar con sus

competidores: los caudillos revolucionarios. El tiro les salió por la culata, y en 1914 el ejército de los golpistas fue derrotado en toda la línea y destruido. El nuevo ejército era de un corte muy diferente al anterior, no era militarista y estaba dirigido no por profesionales sino por generales-ciudadanos, pero no tenía unidad. Pese a todo, de nuevo fueron los generales victoriosos los dueños del campo de lo político en México.

El Cuarto Sector.- Cuando en 1929 echó raíces la institucionalidad de la revolución basada en un partido de Estado --creado por los nuevos generales--, ese partido adoptó una disciplina militar respecto a su "jefe nato" --el general Calles primero y el presidente en turno después--, pero gracias a ella, y poco a poco, logró desplazar a los generales como los grandes actores del sistema de poder. Al igual que Porfirio Díaz, los generales-ciudadanos de la revolución usaron a su ejército para llegar al poder, pero una vez ahí, se propusieron disminuir la importancia de la corporación como instrumento político; para lograrlo, reemplazaron a la fuerza armada por organizaciones de masas --CTM, CNC, etcétera-- como base del sistema de poder.

Formalmente, a partir de 1940 el ejército se convirtió en una organización apolítica y profesional. Sin embargo, el PRM primero y el PRI después, continuaron manteniendo, de facto, un sector militar o, más bien, un sector de generales. En varias ocasiones esos generales-políticos dirigieron al PRI y siempre han mantenido, a través de ese partido, un lugar en el Congreso y en los gobiernos de los estados. En un sistema donde el PRI y la presidencia son parte de un todo orgánico, la tradicional

subordinación de los generales al presidente, ha sido, en la práctica, una manera de apoyar incondicionalmente al partido de Estado y al régimen autoritario del que ese partido es el centro. Mientras el sistema postrevolucionario tuvo vitalidad, el arreglo funcionó bien para el PRI y para el ejército, pero resulta que ya no es el caso.

El Nuevo Laberinto.- En el México que se avecina, los generales y el resto de los actores políticos tienen un problema: repensar y modificar el papel político real del ejército. Por un lado, hay cosas que preservar, sobre todo la subordinación de los militares al poder civil, pero hay otras que deben cambiar. Los generales ya no puede suponer al PRI como equivalente de la nación y la patria; ese partido e incluso la presidencia, ya no tienen porque ser el objeto único e incuestionable de la lealtad corporativa de las fuerzas armadas: la lealtad tiene que ser a un sistema legítimamente apoyado en un voto dado en libertad y equidad.

De aquí en adelante y para el militar individual, cualquier partido registrado es una organización tan legítima para su preferencia como el resto. Por otro lado, un Congreso plural y con un poder ganado legítimamente por la vía electoral, deberá de vigilar más de cerca el tipo de tareas que el presidente asigne a los generales y éstos deberán aceptar que es en un Congreso plural donde realmente esta depositada la voluntad popular.

Finalmente, es de esperar que en el futuro cercano ya no sea necesario que ningún militar vuelva a sentirse obligado a dar la explicación que dio el general Gustavo Antonio Landero al

afiliarse al PRD: "No soy traidor al Ejército y nunca lo seré". Igualmente, el buen gusto y la civilidad, deben evitar que haya generales que, como Ramón Mota Sánchez, descalifique a sus colegas y pongan en duda su calidad moral, simplemente porque no son priístas como él o el presidente (*La Jornada*, 14 y 15 de enero).

